

El momento político

El segundo bienio

Se cumplen estos días dos años de la caída del Gobierno Azaña-Largo Caballero. Terminaba el bienio famoso tan combatido por los reaccionarios y tan funesto para la clase trabajadora.

Aquel bienio trajo otro bienio. La situación política actual es la oscilación de péndulo que, en sentido opuesto, trajo la actuación del Gobierno de coalición republicanosocialista. Las derechas contrarrevolucionarias tomaron el Poder porque la clase trabajadora ligó sus destinos a los de la pequeña burguesía sin demostrar empuje suficiente para ir más allá.

Pero no es aquel bienio el que nos interesa ahora, sino el otro bienio, el que estamos sufriendo.

Las derechas llevan, de hecho, ya dos años en el Poder. En septiembre de 1933 se formaba el primer Gobierno Lerroux, y en septiembre de 1935 Lerroux sigue siendo presidente del Consejo de ministros.

Dos años de Gobierno fueron suficientes para gastar a las izquierdas hasta dejarlas completamente desahuciadas.

¿Es que las derechas reaccionarias, durante su bienio, se han desgastado menos?

El Gobierno actual es completamente impopular. La opinión pública va reaccionando en contra suya. No ha dado solución a ningún problema. Ha favorecido el resurgimiento de situaciones en contra de las cuales se llevó a cabo precisamente el 14 de abril.

Estamos actualmente en un intermedio entre la Legislativa y la Convención, entre el estancamiento y la marcha hacia adelante.

Las medidas de represión, los treinta mil revolucionarios presos, la censura, los tribunales de urgencia, etc., no han podido contener el ritmo de un movimiento empezado en 1930. No es posible poner vallas al campo.

La situación política preponderante se agrieta cada día más. El Gobierno comprende que su posición es cada vez más insegura y busca ahora ensanchar su base, hacer una especie de «Gobierno nacional» para hacer frente a la avalancha que se va aproximando.

La presión popular crece cada día y se intensifica. Para capear el temporal, Lerroux anuncia elecciones municipales en noviembre, y Portela asegura que el Gobierno se propone reanudar muy en breve la normalidad constitucional.

Cuando un Gobierno de dictadura anuncia virajes hacia la izquierda es una prueba evidente de que comienza a sentirse inseguro, que oscila. Recuérdese a Berenguer y al almirante Aznar, en 1930 y 1931.

La perspectiva de un golpe de Estado, no improbable, sin embargo, se encuentra gravemente dificultada por el estado permanente de alerta de las masas populares.

Y lo cierto es que esta situación no puede prolongarse. Hay que encontrar una salida. ¿Cuál?

El pueblo trabajador ha señalado el camino: la liquidación del segundo bienio, la entrada en una nueva fase de libertades democráticas, la marcha ascendente hacia el socialismo.

La decisión definitiva depende, en suma, de la voluntad de la clase trabajadora. Es ella y solamente ella quien puede determinar un nuevo rumbo.

¡Acción de conjunto! ¡Unidad de esfuerzos! ¡Por el retorno a la normalidad constitucional como primera etapa! ¡Hacia la liquidación del segundo bienio!

El proletariado ante la guerra

Nosotros, marxistas revolucionarios, rechazamos por completo las fórmulas que contra la guerra han dado los jefes de los partidos de la Segunda y Tercera Internacional. Ellos predicaban el *desarme* y la *reconciliación* mediante la Sociedad de las Naciones. Esto significa que creen en la posibilidad de cambiar la esencia misma del capitalismo mediante reformas pacíficas, puesto que la lucha armada entre los Estados capitalistas pertenece tanto a la esencia del capitalismo como la concurrencia entre los diversos grupos capitalistas y sus trusts respectivos. Hay gentes que se llaman socialistas o comunistas, que definen al Estado capitalista como una institución completamente imperialista y creen, al mismo tiempo, en la *Sociedad de las Naciones*, es decir, en la Bolsa de los Estados imperialistas.

Para un marxista, la lucha contra la guerra coincide con la lucha contra el imperialismo. El método de lucha no es, ni puede ser, el *desarme general*, sino el armamento del proletariado por la instauración del Estado Obrero, visto el agotamiento revolucionario de la burguesía. Nuestra divisa no es: *Sociedad de Naciones*, sino esta: *Estados Unidos Soviéticos de Europa y del mundo entero!*

En la actualidad vemos cómo en Francia los reformistas y sedicentes «comunistas» —es decir, stalinistas— han ultimado con los radicales-socialistas una alianza para luchar —tal dicen— contra la guerra y el fascismo. ¿Quiénes son los radicales-socialistas? Un partido completamente imperialista, que defiende la paz de Versalles y el imperio colonial francés. Cómo puede explicarse el que un partido imperialista pueda luchar contra la guerra imperialista?

Sin duda alguna los radicales-socialistas se complacen hablando de la paz. También Hitler ha de enjugar el sudor de su frente hablando de la paz. Todos están por la paz: los curas, los banqueros, los generales. Sin embargo, ¿qué significado tiene el pacifismo de los gobiernos y de los partidos burgueses? La hipocresía más infame. Todos son iguales pero, naturalmente, si les resulta posible toman la bolsa de la víctima pacíficamente, sin el menor daño para su vida. Mussolini desearía también

apropiarse de Abisinia pacíficamente, es decir, sin los gastos y las víctimas de una guerra. Inglaterra y Francia querían, igualmente, saborear su botín en paz. Pero, ¡cuidado con contrariarlos! En esto consiste el amor a la paz de los capitalistas.

El *pacifismo pequeño-burgués* es, en general, sincero pero también ciego e impotente. Esto, en el fondo, no es más que la fe del campesino y del pequeño comerciante en la posibilidad de mejorar la clase dominante, en *desarmar* a los grandes bandidos imperialistas y obligarlos a *vivir pacíficamente* los unos al lado de los otros. Con toda su buena voluntad, el pacifismo pequeño-burgués se convierte en un medio de engaño, con la ayuda del cual el imperialismo, en el momento preciso, se apodera de las masas para convertirlas en carne cañón. Nosotros acusamos precisamente a los jefes de la Segunda y Tercera Internacional de ayudar al capitalismo, mediante su política pacifista, a preparar una nueva carnicería de pueblos. En una nueva guerra los reformistas y stalinianos estarán al lado de sus respectivos gobiernos; sobre todo en Francia, en Bélgica, en Checoslovaquia. Los que realmente quieren luchar contra la guerra deben hablar claro al pueblo y deben también trabajar por juntar a la clase trabajadora bajo una bandera y un programa revolucionarios.

Los que predicaban que los imperialistas pueden —por la presión de las «masas»— desarmarse pacíficamente niegan, por el mismo hecho, la necesidad de la revolución proletaria. Porque, ¿qué revolución puede haber contra una burguesía que está *desarmada*? El pacifismo en la política exterior corresponde, ineluctablemente, a un pacifismo en la política exterior. Cualquiera puede jurarnos solemnemente que él es materialista, pero si al mismo tiempo, al objeto de asegurar la salud de su alma va a la Iglesia en Pascuas, quedará para nosotros como una lamentable víctima de la clericalidad. El que liga las frases sobre la revolución social con súplicas pacifistas en favor del desarme, no es un proletario revolucionario, sino una piadosa víctima de la superstición pequeño burguesa.

LEÓN TROTSKI

Importancia del mitin de la A. O. de Valencia

El mitin organizado por la Alianza Obrera de Valencia, el 18 de agosto, logró reunir alrededor de cuarenta mil auditores, proletarios en su casi totalidad. Dan fe de ello las invitaciones expandidas por la Comisión organizadora y las fotografías obtenidas durante el acto.

Antes del mitin de la Alianza Obrera, se habían celebrado otros tres mítines en Valencia: el de Azaña, el de Gil Robles y el de Lerroux. El de Azaña fué el primer gran acto popular que se dió después de los acontecimientos de octubre. La gran masa que acudió a él no era azañista ni tan sólo republicana. Era una masa heterogénea, formada en su mayoría por trabajadores de todas las tendencias, que necesitaban concentrarse y manifestarse contra la situación actual. La mayoría de aquellos trabajadores saludaba con el puño en alto, suscitando un temor íntimo en el ánimo del orador republicano. El discurso de éste no dió satisfacción a aquel auditorio. Esta verdad no puede ocultarse a los republicanos.

Ya se sabe cómo logró reunir su auditorio Gil Robles. Con abundante dinero y con las facilidades del Poder, cualquier otro señor reúne mañana mismo un auditorio semejante. En cualquier pueblo de España hay por lo menos veinte labriegos dispuestos a visitar Valencia si se les pagan los viajes y se les dan dos o tres duros para pastos menores. Primo de Rivera sabía hacer eso muy bien.

En fin, el Partido Autonomista, que tiene por jefes a Lerroux y a Sigrifido Blasco, cuenta con una mayoría de Ayuntamientos en las provincias de Valencia y Castellón. Los alcaldes autonomistas, los secretarios y los alguaciles de los ayuntamientos, todos los estómagos agradecidos de los caciques autonomistas, bien pueden reunir unos miles de hombres dispuestos a defender su plato de arroz con bacalao.

Ninguno de los actos celebrados hasta hoy ha tropezado con las dificultades del nuestro. Hasta el último momento, pesó sobre él la amenaza de una suspensión. En Madrid, bajo las presiones que se puede suponer, se abogaba por la suspensión. Sólo se desistió cuando el gobernador civil de Valencia le dijo a quien debía que no respondía de lo que pudiera pasar en caso de suspensión.

Hasta el sábado por la tarde no obtuvimos autorización para que circularan camionetas en la provincia de Valencia. Cuando se nos dió, no quedaba tiempo para prevenir convenientemente a los pueblos. Y de casi todos éstos se nos anunciaba que de poder circular camionetas, asistirían la mayoría de los obreros de cada pueblo. La mayoría de las camionetas que se atrevieron a circular sufrieron toda clase de vejaciones: detenciones, registros, multas... Muchas tuvieron que volverse atrás. Lo sucedido a los trescientos camaradas que venían de Madrid en taxímetro y en autocars, detenidos a cuarenta kilómetros de la capital, les ha sucedido a muchos otros camaradas.

Saludo a los presos

Nuestro primer saludo va dirigido a los millares de camaradas presos con motivo de las jornadas de octubre. Espiritualmente estamos al lado de ellos y lucharemos con todas nuestras fuerzas por su liberación definitiva.

Nuestro propósito

Comenzamos a publicar hoy en Valencia este semanario obrero de unificación marxista y de unificación de clase.

El título y subtítulo de nuestro periódico dicen claramente cuáles son nuestros propósitos. Será el nuestro un semanario de combate, batallador. Defenderá con ahínco la unidad integral de la clase trabajadora.

Nuestras consignas son:
¡FRENTE UNICO! Alianza de la Obrero.

A pesar de lo cual, en la plaza de Toros, apretujadas, y en los patios, había cuarenta mil personas. Más de un centenar habían venido a pie desde Guipúzcoa, Vizcaya, Navarra... De las provincias de Alicante y Valencia vinieron varios centenares a pie y varios miles en bicicleta. Esto no se había visto en ningún otro acto.

¿Y cuándo se había observado la espontaneidad, el entusiasmo, la vibración de ahora? No se trataba de un público de curiosos, sino de una reunión de trabajadores identificados con la Alianza Obrera y con sus objetivos.

Las doscientas y pico de adhesiones recibidas, todas de Alianzas Obreras regionales y locales y de organizaciones obreras de toda España, prueban que casi todo el proletariado organizado hacia acto de presencia y se identificaba con las consignas del mitin. Y el número de periodistas que asistieron demostraba el interés que el acto había despertado en todos los medios políticos del país.

Los discursos fueron, en general, vibrantes, contundentes, llenos de confianza en el porvenir inmediato de la clase trabajadora. Se puso al desnudo al régimen actual. Se reivindicó Octubre y se afirmó la voluntad de seguir la ruta por él trazada. Toda la política actual está presidida por el pánico a la avalancha popular. ¿Qué salida se ofrece a la actual situación? El proletariado debe estar prevenido frente a cualquier eventualidad.

Este debe mantener, ante todo y sobre todo, su unidad y su independencia de clase para la realización de su misión de clase. Eso no quiere decir que deba cerrarse la puerta a posibles pactos circunstanciales, pero manteniendo siempre su bandera, sus principios, su unidad y su independencia inconfundibles de clase. Nada de retornos al 4 de abril. Eso estuvo bien en 1931. Después del 6 de octubre de 1934, un nuevo 14 de abril sería un retroceso. Y no hay que dar un paso atrás. No hay que retroceder, sino que avanzar. Es preciso liberar a nuestros presos. Y es preciso mantener a toda costa la unidad de acción del proletariado, ampliándola, completándola. La C. N. T. debe ingresar en la Alianza Obrera cuanto antes. Todos los oradores pronunciaron cálidos párrafos en este sentido. Y todos se manifestaron partidarios de la Alianza Obrera nacional. El auditorio lo aplaudió todo, pero sobre todo esto: la realización de la unidad obrera sobre el plano nacional. Ese es el camino. Esa es la salvación.

El acto del 18 ha encontrado un eco enorme en toda España. Los cuarenta mil espectadores que asistieron se han convertido en otros tantos propagandistas de las ideas que allí se vertieron. Sabemos, además, que ya se ha suscitado el deseo de organizar actos semejantes al de Valencia en Vizcaya, Navarra, Madrid, Alicante, Castellón... La clase trabajadora se dispone, en suma, a ocupar el lugar que le corresponde.

J. G. GORKIN

El movimiento obrero

Perspectivas de la A. O.

La Alianza Obrera, en el breve espacio de tiempo de dos años, ha pasado a adquirir carta de naturaleza. Hay arraigado profundamente en el seno de las masas trabajadoras. Hoy aceptan la Alianza las siguientes organizaciones centrales: Bloque Obrero y Campesino, Izquierda Comunista, Partido Socialista, Partido Comunista, Sindicatos de Oposición, Federación Sindicalista Libertaria, Unión General de Trabajadores, Federación Tabaquera. Se adhieren asimismo a la Alianza Obrera —y esto tiene una gran importancia— la mayor parte de los Sindicatos autónomos existentes allí donde se han constituido Comités de la Alianza Obrera. Y haciendo excepción, pero como síntoma: la Confederación Regional del Trabajo de Asturias, León y Palencia (C. N. T.).

De manera que la Alianza Obrera, en esta su primera fase, ha conseguido establecer las bases fundamentales de un acuerdo en la mayoría del movimiento obrero español. Esto, mírese como se mire, constituye un verdadero acontecimiento más que por lo que es en sí, por lo que puede ser.

¿Puede darse la Alianza Obrera ya por satisfecha con este amplio acoplamiento de fuerzas?

No. La Alianza Obrera ha de ensanchar más su base todavía. Hay que conquistar la C. N. T. para la Alianza Obrera.

La corriente aliancista era ya muy profunda en la C. N. T. antes de octubre. En los diversos Plenos de la organización anarcosindicalista, el problema de la Alianza Obrera había sido planteado, manifestándose una tendencia creciente a la incorporación al frente único.

Después de octubre, la C. N. T. atraviesa una fase de fuerte crisis interna, de enorme desconcierto y de desorientación. El sectarismo antialiancista de que dan prueba algunos jefes anarquistas no es en manera alguna el reflejo real de la voluntad de las masas, sino precisamente lo contrario. En las masas que ayer seguían a la C. N. T. el deseo de unidad es profundo.

No es fácil, sin embargo, que se logre la adhesión «oficial» de la C. N. T. a la Alianza Obrera. Pero esta adhesión se producirá por gradaciones localmente unas veces, regionalmente otras.

Para que la Alianza obrera se ensanche precisa, en primer lugar, que posea un objetivo inmediato bien concreto. La Alianza Obrera no puede ser una especie de quinta rueda guardada simplemente como reserva hipotética.

La prueba más evidente de que la Alianza Obrera responde a una necesidad real e inmediata y no es una creación artificial, la tenemos en que cuando las dos organizaciones obreras de mayor peso específico —el Partido Socialista y la C. N. T.— viven, sobre todo después de octubre, una crisis interna, la Alianza Obrera aparece incólume, ampliándose y ganando en perspectivas.

Es completamente errónea la actitud de aquellos sectores que creen que la Alianza Obrera es una organización para mañana y no para hoy. Esta posición equivocada, grandemente peligrosa, no tiene otro propósito, en último término, que dejar anquilosar la Alianza Obrera en aras de intereses de partidos.

La Alianza Obrera o es actual o no es más que una quimera.

Es actual, actualísima. No hay modo y manera de negarlo. El acto de Valencia, que prudentemente ha silenciado la prensa burguesa, por cierto, es la última confirmación de la fuerza y vitalidad de la Alianza Obrera.

Ahora bien; para que la Alianza Obrera adquiera la personalidad debida, precisa asignarle un objetivo inmediato. El objetivo lo hemos señalado anteriormente y lo resumimos.

- En el orden orgánico:
- 1.º Ensamblamiento de su base, dándole un carácter fundamentalmente democrático.
 - 2.º Constitución de la Alianza Obrera nacional.
- En el orden político-social:
- 1.º Contra la guerra y el fascismo.
 - 2.º Contra la pena de muerte y por la liberación de los presos políticos y sociales.
 - 3.º Restablecimiento de las garantías constitucionales. Retorno a la legalidad.
 - 4.º Unidad total de la clase trabajadora.

Y luego, como perspectiva más o menos próxima, actitud positiva de la Alianza Obrera ante unas próximas elecciones y la correspondiente posición a adoptar con respecto a los partidos pequeño-burgueses.

La Alianza Obrera puede ser, además, la artesa en la que se amase la unidad sindical y la misma unidad marxista, pero esto queda al margen de las tareas inmediatas de la Alianza Obrera y de este comentario.

Ha muerto Henri Barbusse

En Moscú, donde se encontraba desde hace algún tiempo, ha muerto el gran escritor francés Henri Barbusse.

Barbusse hizo la guerra como voluntario. El tiempo pasado en las trincheras hizo de él un rebelde y le inspiró ese grito de protesta que es *El fuego*, al cual debe su fama de escritor universal. Como prolongación de este libro magnífico, escribió poco después *Claridad*. El rebelde se convierte en revolucionario y escribe tres libros de combate: *Resplandor en el Abismo*, *Palabras de un combatiente* y *El cuchillo entre los dientes*. Al mismo tiempo funda el grupo y la revista *Clarité*.

Barbusse, idealista y romántico, no logró asimilarse nunca el marxismo. Basta haber leído sus libros *Jesús y los Judas de Jesús* y, sobre todo, *Encadenamiento*, para convencerse de ello. Este último libro se fundamenta en una teoría falsa. Para Barbusse, todas las revoluciones pasadas, hasta llegar a la proletaria, han sido inútiles. Olvidaba que la verdadera revolución es progresiva con relación a su época y que sin esa cadena de revoluciones progresivas, la revolución proletaria no sería posible. Sin la revolución burguesa no existiría la burguesía como clase dominante, y sin el desarrollo del capitalismo no existiría el proletariado como clase revolucionaria. Barbusse estuvo siempre, sin embargo, al lado del proletariado. Este hecho y su muerte no pueden

hacernos olvidar que su nombre ha sido explotado para cubrir ciertas operaciones de la política staliniana.

Su último libro, *Stalin*, honra muy poco la memoria de Barbusse. Su lectura ha producido indignación en cuantos le estimaban como escritor independiente y veraz. Con los materiales suministrados por los nuevos historiadores de la escuela staliniana, Barbusse trata de «demostrar» en su libro que Stalin fué, con Lenin, el forjador del partido bolchevique, el guía de la Revolución de Octubre, el organizador del Ejército rojo y el vencedor en el frente de la guerra revolucionaria. La figura de Lenin se esfuma casi ante la de Stalin. Por su parte, Trotski no hizo más que cometer errores, que se encargó de corregir a Stalin. No fué el primer presidente bolchevique del Soviet de Petrogrado, ni el presidente del Comité Militar Revolucionario que dirigió la parte técnica de la insurrección, ni el organizador del Ejército rojo, como aseguró el propio Lenin en una conversación con Gorki, ni el estratega en la guerra contra los blancos. La Historia y Lenin mientan, por lo visto.

Conservamos intacta nuestra admiración al autor de *El fuego* y *Claridad* y al infatigable luchador contra la guerra. Pero nos apena pensar que la pluma que escribió esos libros ha escrito también ese *Stalin*.

Problemas urgentes

Sobre la unidad sindical de los ferroviarios

Es evidente que una de las cuestiones más importantes para la defensa de los intereses del proletariado en general, en estos momentos en que los derechos y las conquistas de la clase trabajadora se ven continuamente atropellados por el egoísmo desenfrenado de la burguesía, es la solución inmediata del problema de la Unidad Sindical.

Sin embargo, no creemos incurrir en ninguna exageración si afirmamos de una manera rotunda que, dadas las especiales características y la situación crítica en que está sumida actualmente la industria de los transportes en nuestro país, debido precisamente a un sin fin de circunstancias de orden económico, técnico y administrativo que nos interesa analizar, una de las clases trabajadoras que más deberíamos preocuparnos de que la unidad sindical fuese un hecho cuanto antes —aunque lo hiciéramos únicamente por el instinto de conservación— somos los ferroviarios españoles.

Y decimos esto, porque a las alturas que nos encontramos, ya no se trata de aunar nuestros esfuerzos para alcanzar una mejor remuneración a nuestros sueldos de hambre, ni de la consecución de un contrato de trabajo —llámesele Estatuto Ferroviario—, ni de lograr que cuestiones de tanta trascendencia como la Jubilación, Viudedad y Horfandad sean resueltas, no a capricho y voluntad de las Empresas, sino de una forma más justa y humana; como tampoco es el asunto de evitar el que se lleven a la práctica las amenazas de la mayor parte de las Compañías ferroviarias consistentes éstas en irse a una disminución general de sueldos del personal y a la supresión de todas las pagas extraordinarias y ascensos si el Gobierno se niega a concederles el apoyo financiero que le tienen solicitado, por lo que consideramos es llegada la hora de hacerse todo lo imaginable, todo lo imposible para lograr la realización de la unidad sindical de los empleados y obreros ferroviarios. Hoy existe algo mucho más importante que todo esto, que nos impone la necesidad de prescindir y acabar por completo con todas cuantas cuestiones de carácter político, ideológico o de mala fe que nos han mantenido hasta la fecha disgregados e indefensos en manos de la inicua explotación de las Empresas; y este algo, compañeros, es el peligro que representa para la clase ferroviaria: la racionalización.

La racionalización integral del sistema ferroviario español, es la única solución circunstancial que les queda a las Compañías ferroviarias para librarse de una inevitable bancarota que las hunda y las lleve a la ruina. Con la racionalización, no sólo podrán imprimir grandes reformas y ventajas de orden técnico a los medios de transporte por vía férrea que les permita con menos gastos de tracción y adquisición de materias primas competir con los llamados

transportes por carretera, a la vez que alejar el peligro de una posible nacionalización por parte del Estado —aspecto éste que tampoco les interesa a los grandes magnates capitalistas del ferrocarril— sino que, cuando la racionalización sea un hecho podrán las Empresas ferroviarias suprimir a más de un treinta por ciento de su personal, o sea, que cerca de CUARENTA MIL FERROVIARIOS nos veremos lanzados a engrosar las filas del hambre.

¿Será posible, pues, que exista un solo ferroviario que no comprenda que el único camino que nos queda para defendernos de los peligros inminentes de la racionalización, aparte de lograr que los centenares de compañeros injustamente seleccionados vuelvan a ocupar el sitio que les corresponde radica, precisamente, en la unidad sindical, en el aglutinamiento de todas nuestras fuerzas?

Estamos convencidos que en el ánimo de todos los camaradas ferroviarios está la convicción firme de que hay que terminar de una vez con todas esas pugnas y luchas entre compañeros de una y otra organización para dedicar todas nuestras energías contra el enemigo común, las Compañías ferroviarias. Máxime cuando éstas ya están llevando a la práctica múltiples ensayos de racionalización en todos los servicios. No obstante, como los momentos actuales son de lucha decisiva, y sería un absurdo suponer que con buenos propósitos venceremos la resistencia y la fuerza de las Empresas, es innegable que, si todos aquellos camaradas conscientes de la gravedad del momento que vivimos, nos disponemos a desterrar por completo todas esas tendencias que al calor del sectarismo que les da vida han malogrado en muchas ocasiones las posibilidades de grandes reformas sociales, a la vez que lograremos vencer la fuerza de las Compañías ferroviarias, habremos realizado uno de los pasos más firmes para el total derrumbamiento del capitalismo opresor.

¿Que la obra de la unidad sindical, dada la enorme complejidad de tendencias y apreciaciones políticas, apolíticas, etc., que existen dentro del campo ferroviario, es una tarea muy difícil de realizar? Cierto; sin embargo, como el hecho de que abogamos por la unidad sindical, ya sea que ésta se realice dentro de alguna de las organizaciones existentes o bien creando una nueva encuadrada dentro del verdadero marco de actuación que le corresponde, no quiere decir que los obreros ferroviarios, como parte integrante que somos de la sociedad, tengamos que hacer dejación de nuestros ideales y sacrificar aspiraciones particulares para la defensa de nuestros intereses de asalariados, sino que lo único que se persigue —y esto sí que se deberá exigir con la máxima rapidez— es que las cuestiones de carácter político o ideológico sean llevadas y discutidas al margen por completo de

El tercer Congreso de la Federación Levantina del B. O. C.

El domingo último, en el local del B. O. C. de Castellón, se celebró el Tercer Congreso de la Federación Levantina del Bloque Obrero y Campesino. Asistieron delegaciones de las poblaciones siguientes: B. O. C. y J. C. I. de Vinaroz; célula de Torreblanca; B. O. C. de Puebla Tormesa; B. O. C. de Borriol; célula del Grao (Castellón); B. O. C. y J. C. I. de Castellón; célula de Villarreal; ídem de Burriana; ídem de Torre Embosera; B. O. C. y J. C. I. de Valencia. No pudieron asistir otras delegaciones por diferentes causas. Terera de Viver envió su adhesión. Por el Comité Ejecutivo asistió el camarada Gorkin.

Presidió Lloréns, de Puebla Tormesa, y actuó de secretario de actas Margalef, de Castellón. Por la tarde presidieron Gual y Rabasa.

Se trató de la cuestión económica de la Federación. Existe cierta negligencia en las cotizaciones a los Comités superiores y es preciso ponerle remedio. Se acuerda normalizar las cotizaciones y que se abra una colecta entre adherentes y simpatizantes para enjugar el déficit existente.

Peirat, secretario saliente del Comité regional, hace el informe general sobre la actividad de éste. Existen núcleos de simpatizantes en Torreblanca, Alcalá de Chivert, Moncofán y otros puntos, a donde la situación económica no ha permitido ir a hacer propaganda. En Valencia y la provincia ha hecho nuestro partido serios progresos. En la comarca de Vinaroz, como demuestra el camarada Rabasa, existen varios núcleos de simpatizantes. El gobernador civil de Castellón, sistemáticamente, suspende toda nuestra propaganda en la provincia, precisamente porque sabe que nuestro partido cuenta cada vez con mayores simpatías.

Se acuerda realizar un plan de propaganda por toda la región explicando la necesidad de la unificación marxista

los medios sindicales; o sea, que dentro del Sindicato pueden y deben tener cabida todos los obreros ferroviarios sean éstos socialistas, anarquistas, comunistas, republicanos o sindicalistas, siempre que sientan y acepten la necesidad de la lucha de clases y la sustitución del actual régimen capitalista por otro social-comunista.

Es por esto que para la solución del problema de la unidad sindical estamos completamente de acuerdo con los camaradas del Sindicato Ferroviario Norte de Lérida, cuando dicen «que la organización única ferroviaria sólo se podrá realizar cuando haya quien quiera hacerlo, y pudiendo, lo haga».

Por consiguiente, como la necesidad de la unidad sindical la sentimos TODOS los ferroviarios, y sólo de nosotros depende que ésta se lleve a cabo, se impone el que la bandera de la unidad sindical se abra paso a través de todo el campo ferroviario, desenmascaran-do todos sus enemigos y barriendo toda clase de obstáculos que se le pongan, al objeto de lograr que el peligro de la racionalización no pase más allá de los límites de una vaga quimera de los magnates de las Empresas ferroviarias.

PEDRO CORRONS

Barcelona, agosto de 1935.

ta en España. Vinaroz organiza un gran mitin en la población y cinco en diferentes pueblos. Castellón, una conferencia y un gran mitin en la capital y varios en distritos pueblos. Valencia, varios actos en la provincia. Esta campaña de propaganda debe culminar en un gran mitin, de carácter nacional, que se celebrará en la capital levantina.

Se da cuenta de la situación de LA BATALLA y de su traslado a Valencia. Se registra con gran satisfacción el continuo aumento de la tirada de nuestro órgano central. Los trabajadores buscan cada vez más LA BATALLA, prueba de que sabe interpretar sus aspiraciones. A pesar de la censura, que venía mutilando la mayor parte de los originales, los obreros reconocen por doquier que nuestro periódico es el que mejor interpreta sus sentimientos. Rabasa explica la situación de Frente, redactado de común acuerdo por socialistas y comunistas del B. O. C. Frente ha constituido un verdadero éxito en la comarca y cubre con creces todos sus gastos. Interpreta, por otra parte, la línea unitaria de nuestro partido. El Congreso acuerda sugerir al próximo Congreso de unificación que se tomen todas las medidas para que, cuanto antes, el partido unificado cuente con un órgano en Madrid.

Se traza a las juventudes las tareas que deben llenar: propaganda y organización entre los jóvenes obreros y campesinos, intervención en el deporte, la cultura, las organizaciones artísticas, etcétera.

Se acuerda constituir el Comité regional del Socorro Rojo de nuestro partido e intensificar la colocación de carnets y sellos de cotización entre los simpatizantes.

Sobre el punto de la unificación marxista hace un largo informe el camarada Gorkin. El Congreso, unánimemente, se manifiesta de acuerdo con el informe y con las tesis presentadas por el Comité Central. El delegado de Borriol dice que venden cinco veces más de ejemplares de LA BATALLA desde que propugnamos la unificación marxista. En el mismo sentido abundan otros delegados. El Congreso delega, por unanimidad, a Gorkin para asistir al Congreso de unificación, en representación de la Federación de Levante.

Se pasa a nombrar los Comités. Para el regional queda designado secretario, por unanimidad, Gorkin, y para el provincial de Castellón, asimismo por unanimidad de los delegados provinciales, Peirat. El Comité regional pasa a residir en Valencia. Estará compuesto por el secretario y cuatro miembros que designará el B. O. C. de Valencia; un representante de Castellón y otro de Vinaroz, dejando la puerta abierta para un delegado por cada B. O. C. de importancia comarcal que se constituya. El Comité provincial de Castellón estará compuesto por cinco miembros, comprendiendo al secretario. El Comité regional hará las veces de Comité provincial de Valencia.

Se acuerda enviar un fraternal saludo a los camaradas Arquer, Portela, Grossi y Luengo, presos en diferentes cárceles, y en sus personas a todos los presos políticos y sociales de España.

Se entabla un largo debate en torno al caso Marsá, baja del partido y que ha solicitado del Ejecutivo su reintegro. Finalmente se acuerda, por unanimidad, que el Ejecutivo comunique a Marsá que para reintegrarse al partido, como es su deseo y el nuestro, debe solicitar su alta por escrito dirigido al B. O. C. de Castellón, comprometiéndose a acatar la disciplina del partido.

Se levanta la sesión en medio del mayor entusiasmo.

Los trabajadores de la tierra

Fantasías de labriego

Se han terminado las labores de la siega y de la trilla. Los campesinos, esforzados paladines del trabajo, han sudado abundantemente, han sufrido los rigores de la canícula asfixiante con la resignación bestial de parias primitivos. El trigo ha salido de sus casillas y a estas horas se encuentra almacenado en el granero de los ricos, o en el depósito de los comerciantes. Más tarde se convertirá en pan blanco que comerán cristianamente los ciudadanos de nuestra república de trabajadores. El labriego tendrá como recompensa a sus fatigas y sinsabores la protección de la ley de Arrendamientos. El hambre no será mitigada, la esclavitud tampoco, pero tendrá una ley, según la cual será echado de la tierra como un perro después de haber trabajado como un burro.

No puede ser de otra manera. El fatalismo produce estragos. La miseria y la ignorancia también los producen. La tierra, pródiga en frutos, se negaría a producirlos si no la cultivasen. El campesino, sin pan y sin perspectivas, no se negará a cultivarla.

La tragedia va consumándose en silencio. El campesino es arrojado de la tierra bajo el pretexto de que el propietario quiere trabajarla por su cuenta. ¡Santa vocación la del propietario que quiere trabajar sus fincas! Es el pretexto que necesita alegalar, según la ley, para expulsar a sus legítimos propietarios, los que la trabajan. Después seleccionará a los obreros, impondrá condiciones especiales y dominará por la miseria a los contumaces que se resistan a sus caprichos y lo hará en nombre de la ley...

Es inaudito que esto suceda después de cuatro años de República, después de haber gobernado los «nuestros». El campesino se pregunta cómo es posible esto; pero el pobre no dispone de una educación política elemental para enjuiciar la Historia. Dobleado por el peso de un fatalismo miserable, no halla la explicación dialéctica y se conforma con las razones escépticas y superficiales de la realidad.

«Me han engañado», dice, y le engañarán otra vez y otra. Y una y otra vez volverán a segar, trillar, sudar y fatigarse, y otra vez volverá el grano al granero de los ricos y de los comerciantes. Y tú, paria cetrino, comerás bazofia y vivirás en pocilgas inmundas. Tus hijos, como tú, no tendrán cultura ni educación política y tus hijas vivirán de limosna al servicio de los señores si son guapas y tienen aspiraciones, y embrutecidas por trabajos inferiores si se limitan a vegetar y como tú, carecerán de cultura. Eres un gigante imbécil que te dejas comer por los parásitos. Si te sacudieras las pulgas otro gallo te cantaría. Los piojos que viven de tu sangre están muy bien organizados. Se te comen la medula y los ojos y te hacen creer que tienes rabo.

Si te decidieras podrías acabar pronto con la carroña que te roe. Es cuestión de higiene política, amigo... Con un buen baño se acabó la inmundicia. Un baño bien ca-

Notas sin importancia

Yo no sé si Gil Robles cree en Dios, pero Dios parece creer muy poco en Gil Robles. En cuanto intenta hacer un discurso sensacional, llueve. Llovió en El Escorial y ha llovido en Santiago y en Pamplona. Sus auditores son auditores pasados por agua. Sin duda la lluvia se ha declarado antifascista. ¡Hasta la lluvia!

En los graneros españoles hay unas quinientas mil toneladas de trigo sin salida. Ese trigo es la pesadilla de la Ceda. ¿Qué hacer con él? Gil Robles propuso hace algún tiempo comprarlo para los presos, la Guardia civil, los soldados y los marinos. En Pamplona ha cambiado de idea: hay que adquirirlo para los caballos del Ejército. Los caballos se harán gilroblistas en seguida. ¿Qué se harán, en cambio, el millón de obreros en paro forzoso y los braceros que cobran una peseta de jornal y que no pueden comprar pan?

Lerroux se ha hecho organizar un gran banquete en Barcelona. ¿No recuerda esto los días agónicos de la dictadura de Primo de Rivera?

En Montemayor, Lerroux ha hablado de perdón y de indulto. Eso quiere decir que necesita que le perdonen y que le indulten. ¡Le perdonamos, amigo Luis de Sirval!

El Gobierno se propone emitir sellos con las efigies de cuatro periodistas insignes: Moya, Franco Rodríguez, Luca de Tena y Lerroux.

El aviador Pombo hizo un vuelo a América. El Gobierno se lo apuntó como un éxito. Pombo anda ahora dando sablazos por las embajadas hispanoamericanas. Ello no me sorprende. Lo que me sorprende es que Lerroux y su embajador Emiliano Iglesias, por ejemplo, se sorprendan. ¿No os parece?

El ministro de Trabajo, Salmón, ha denunciado «algunos casos» de salarios de hambre impuestos por «ciertos» patronos sin entrañas a sus trabajadores. Salmón es un humorista. ¿Miren que hablar de algunos casos cuando media España sufre hambre! ¿Qué podía esperarse de un Salmón?

CRITICON

liente, un baño social como hicieron los campesinos en Rusia. No te olvides que todos los parásitos son malos aunque una ley diga lo contrario. No perdones a ninguno, ni a los que te adormecen ni a los que te devoran.

JUAN REGUEROTS

REVISTA DE PRENSA OBRERA

LA UNIDAD SINDICAL

El problema de la unidad obrera es totalitario. Ha de haber primeramente unidad de acción. Y luego han de venir la unidad política e individual. Nuestro partido ha planteado la cuestión admirablemente lanzando la consigna: ¡Frente Único! ¡Sindicato Único! ¡Partido Único! ¡Sindicato Único! Sí. Unidad sindical. En cada localidad, una sola Federación local de Sindicatos. Y nacionalmente, una sola Central sindical.

Ahora bien. ¿Cómo será esto posible? El movimiento sindical en nuestro país está caracterizado por existir dos Centrales sindicales: U. G. T. y C. N. T. y una serie de Sindicatos autónomos: Sindicatos de oposición, Sindicatos influenciados por el B. O. C., Federación Tabaquera, etc.

La posición justa ha sido señalada por el B. O. C. y la izquierda comunista en sus tesis de unificación: U. G. T., C. N. T. y Sindicatos autónomos han de fusionarse formando una central única. Ese y no otro es el verdadero camino. Y ese es, además, el sentir general de las masas trabajadoras.

Claridad, el órgano de la izquierda socialista, en el número del 31 de agosto, ha dedicado una nota editorial titulada «En torno a la unificación» a comentar la forma y manera de llegar a la unidad sindical. Claridad hace hincapié en una resolución del Sindicato Profesional de Panaderos de Valencia, que ha acordado declararse autónomo durante seis meses, al cabo

de cuyo triunfo resolverá hacia qué Central debe orientarse.

Esta decisión, que en líneas generales es justa, saca de sus casillas a los compañeros de Claridad, que exclaman:

«Se trata de algo inaudito en las relaciones de organización obrera. Es, en todas sus líneas, una verdadera monstruosidad. Nos resistimos a creer que puedan ocurrir estos casos, aunque sean hechos por cuatro trabajadores. La asamblea acuerda dejar en libertad a los militantes (¿cuántos?) para que durante esos plazos de «letas sindicales» puedan pertenecer libremente a la sindical que quieran. ¿Habrá algo más absurdo y monstruoso? No merece ni comentario. De hacerlo, con todo lo que nos sugiere, costaría trabajo contener la pluma.»

¿Pues qué quiere Claridad? ¿Qué solución propone? Muy sencilla, como vamos a ver:

«¿No sería mejor, en bien de una auténtica acción de unidad, que ese Sindicato profesional ingresara en aquella organización local que recoge a la casi totalidad de los panaderos, sus hermanos de clase?»

Esto que parece justo mirado superficialmente, ya no lo es tanto si se ahonda un poco. Esa misma lógica nos llevaría a la conclusión siguiente: «Localmente, los Sindicatos pequeños deben ingresar en los de más peso y volumen.» Si esto se hiciera así, que es la conclusión a que conduce su tal modo de razonar, en Valencia, por ejemplo, todos los Sindicatos de la U. G. T. deberían ingresar en los Sindicatos de oposición, que son,

indiscutiblemente, los que controlan la mayoría de los trabajadores organizados de Valencia. En Zaragoza, todos los Sindicatos al margen de la C. N. T., los de la U. G. T. también, claro está, deberían pasar a formar parte de la organización anarcosindicalista. En Lérida, Gerona, todos dentro de las Federaciones locales influenciadas por el B. O. C. Y así sucesivamente.

¿Es que se haría la unidad de ese modo? Ni remotamente. Las cosas quedarían aproximadamente como ahora. Habría, sí, unidad local, pero, nacionalmente, seguiría subsistiendo la división de la clase trabajadora.

Además, ese razonamiento es absurdo. La unidad sindical, para hacerla localmente en todas partes, precisa previamente llevarla a cabo nacionalmente.

Claridad concluye su nota editorial diciendo:

«La U. G. T. es el camino de la unidad, por ser el eje del movimiento sindical en nuestro país.»

En resumidas cuentas, los compañeros de Claridad, cuando hablan de unificación sindical, quieren decir: «Unidad, sí, dentro de nuestras filas.» Es exactamente la posición de los anarquistas. También ellos quieren la unidad dentro de las filas de la C. N. T.

Los socialistas convencerán a algunos; los anarquistas, a otros. Pocos o muchos quedarán sin vencer. El resultado final sería, si ese punto de vista prevaleciera, el que ahora estamos lamentando: la división del movimiento sindical.

Ni la U. G. T. ni la C. N. T. pueden ser el Centro de unidad sindical.

U. G. T. y C. N. T. y Sindicatos autónomos han de unificarse

constituyendo una nueva Central sindical única.

Ese es nuestro punto de vista, que consideramos viable porque es acertado.

EN TORNO DE LAS ELECCIONES

En el mismo número de Claridad se publica un artículo firmado por Esteban Rincón que juzgamos del mayor interés.

El artículo lleva el subtítulo: «Voces de las filas», lo que quiere decir que es puramente personal, que la Redacción del periódico no se solidariza con él.

En el artículo se critica la posibilidad de una alianza socialista-republicana con objeto de «volver a empezar»... Y dice muy justamente:

«Yo creo que no ha de ser ese el camino a seguir, sino el de hacer una extensa alianza con los demás partidos obreros.»

Y sigue luego:

«¿No creen que es mejor que los diputados de una alianza obrera vayan al Parlamento a desarrollar un labor que consista en preparar el terreno para el triunfo de las verdaderas aspiraciones de la clase trabajadora y no a desarrollar una labor democrática burguesa?»

Este militante socialista de fila apunta bien. Si los camaradas que redactan Claridad piensaran de igual manera no hay duda de que una gran parte de camino estaría ganado.

El militante socialista de fila se pronuncia porque la Alianza Obrera que vaya a las elecciones.

Ese es exactamente nuestro parecer.

OTRA POSICION SOCIALISTA JUSTA

Araquistain ha publicado en el último número de Levantón, la revista mensual que él dirige, un interesantísimo artículo a propósito de las decisiones del VII Congreso de la Internacional Comunista.

Araquistain se pronuncia contra el Frente Popular:

«El problema nuestro, español, es ese: si a los socialistas les conviene volver a galvanizar, como en 1931, unos partidos burgueses de izquierda y encaramarlos en el Poder, donde sólo podrían mantenerse en precario, sin atreverse a intentar una política verdaderamente radical por temor a los nuevos combatientes de la derecha, o si, al contrario, les conviene más consagrarse predominantemente a la unificación política y radical del proletariado y a la conquista directa de la pequeña burguesía territorial y urbana, prescindiendo de los pequeños partidos burgueses intermedios. El problema, claro está, no puede ni debe resolverse a la ligera y tendrá que ser objeto de mucha meditación y discusión por parte de los socialistas; pero, por lo mismo, no es lícito presentar ya soluciones en firme, como pretendían algunos, o crear situaciones de hecho a título de ser necesario un frente popular o antifascista, como hacen los comunistas.»

SABORIT Y NOSOTROS

En uno de los últimos números de Democracia, órgano de la derecha socialista, se hace un resumen de unos artículos del camarada Maurín sobre «Las relaciones del proletariado con los partidos pe-

queño burgueses», publicados hace unas semanas, para afirmar con el mayor aplomo:

«Y la tercera (la posición de independencia del movimiento obrero vis a vis de los partidos pequeño burgueses, pactando con ellos circunstancialmente en determinados momentos) es la que Maurín defiende como más acertada. Pero Maurín, para defender esa posición, arremete contra los llamados reformistas del Partido Socialista, es decir, contra nosotros. Pues bien: esa posición, la que Maurín defiende coincide con nuestro criterio, sin ninguna reserva. Ha sido siempre nuestro punto de vista, siempre, aunque Maurín no se ha enterado y otros como él pretenden no enterarse.»

Nuestro camarada, sin embargo, no está de acuerdo con Saborit y compañía. Precisamente el eje central de los artículos a que se refiere Democracia era que el movimiento obrero debía formar un solo bloque y, como tal, podía pactar, según las circunstancias, con los partidos pequeño burgueses.

Saborit y Besteiro empiezan por no aceptar el frente único, la Alianza Obrera. Por lo tanto, toda posibilidad de coincidencia queda descartada.

Por otra parte, si la derecha del Partido Socialista quiere pactar con la pequeña burguesía es para ayudarla nuevamente a tomar el Poder, coincidiendo, por cierto, con la última posición staliniana. Nuestro punto de vista es diametralmente opuesto. Podemos pactar con los partidos pequeño burgueses, pero únicamente en beneficio de la clase trabajadora.

Nos complace, pues, constatar que Saborit y nosotros estamos muy lejos de coincidir.

Acerca de la abstención parlamentaria de la minoría socialista

La Agrupación Socialista de Madrid, mediante referéndum, se ha expresado por el 80 por 100 de sus miembros votantes a favor de la abstención parlamentaria de su minoría. Próxima la reapertura del Parlamento, el resultado de esta consulta política interna parece ratificar el acuerdo general de que continúen ausentes en el futuro de las sesiones de Cortes los parlamentarios socialistas. En la Agrupación madrileña, el prevalecimiento de los partidarios del ala izquierda del partido es casi completo, por lo que también el resultado de dicho referéndum nos define una vez más como criterio de la fracción progresiva del socialismo español, el de la abstención parlamentaria.

El movimiento obrero no ha tenido nunca ni puede tener una táctica única e invariable para todas las situaciones. Debe desarrollar una estrategia política, teniendo en cuenta las circunstancias y las necesidades objetivas de cada período. Con esto está dicho que ningún militante puede hacer una cuestión cerrada, y para las ocasiones, de la intervención parlamentaria o de la abstención. La opinión a exponer sobre una u otra medida se deriva de la eficacia que ésta pueda tener en la aplicación concreta.

La abstención parlamentaria de un fuerte núcleo obrero puede convertirse en arma eficaz cuando el Parlamento concentre la hostilidad de la opinión de la calle, cuando la tensión del país exige una conjunción de todos los esfuerzos en las tribunas populares y, sobre todo, cuando las libertades democráticas, y la que es más esencial de ellas, la de Prensa, están en plena vigencia. Entonces, el eco que se busca en el Congreso puede hallarse más fácilmente en la calle; entonces, la abstención es inteligente, porque la presión exterior puede acabar más fácilmente con el Parlamento que la oposición interior. Es decir, un Parlamento puede fenecer con la abstención de las oposiciones obreras, cuando está en contradicción con la opinión del país, pero cuando sobre todo, y al propio tiempo, son utilizables con amplio margen de libertad las tribunas populares y la Prensa. Lo importante, pues, desde un punto de vista socialista general, no es la labor parlamentaria en sí, sino la repercusión que tiene como instrumento de formación de la opinión exterior. Cuando esta opinión puede formarse en la misma calle, la abstención parlamentaria puede ser aconsejable, por conveniente y eficaz.

Pero, ¿y cuando esta opinión no puede expresarse en las tribunas populares y no existe la Prensa que pueda recoger los sentimientos, y lo más fundamental, los hechos y las informaciones que los trabajadores demandan? Entonces el Parlamento se convierte en la única tribuna de relativa libre expresión política, con repercusiones impresas en el país. Renunciar a ello, es prácticamente privarse de un arma de defensa. Porque en estas circunstancias no se trata ya de elegir el procedimiento de lucha que se estima más conveniente, sino aceptar la única salida que se nos ofrece.

Quizás incluso contra los propios deseos de los propugnadores de la abstención, pocas explicaciones se han dado a la opinión obrera sobre los fundamentos de la persistencia en la retirada del Congreso. El quebrantamiento de la relación jurídica que normalmente debe existir entre minorías parlamentarias y mayoría y gobierno, impulsa una determinación de carácter político trascendental como la abstención en los debates. Esto, prácticamente, es retrotraer el problema a los tiempos idílicos, ya muy lejanos, del libre juego democrático; es olvidar las circunstancias políticas concretas, dictadas por la relación de fuerzas y poder, y plantear el problema en un terreno abstracto.

Los ciudadanos tienen reconocido en la carta constitucional y en el derecho vigente la libertad de asociación. Nadie discutiría en el campo obrero que una organización sindical, porque se le entregan limitados en determinadas ocasiones estos derechos, desistiese del aprovechamiento de lo que se ofrece. Se parte en un mínimo para alcanzar el máximo. Se adapta uno a cierto estado de cosas para tratar de transformarlo. Es un oportunismo táctico, útil y perfectamente legítimo desde el punto de vista político.

En el mantenimiento del criterio de la abstención parlamentaria puede que, por parte del ala izquierda socialista, juegue también un gran papel una especie de reacción política y psicológica contra el deseo de colaboración leal en la labor legislativa de la fracción reformista. Por oposición al criterio

colaboracionista, la izquierda cae en el opuesto, que es completamente negativo, que es esencialmente una salida centrada de la más pura estirpe. Ante problemas similares, en el movimiento obrero del mundo entero se dibujarían seguramente tres criterios: el de derecha, de franca intervención colaboracionista; el de izquierda, de intervención obstruccionista, y el de centro, que buscando como siempre el punto más cómodo y el compromiso, abogaría por la abstención. Y he aquí que nos encontramos con que la izquierda española, a fuerza de querer delimitarse en todos los momentos del centrismo, incurre en una posición política típicamente centrista. Los reformistas italianos, en unión de los centristas, se retiraron al Aventino; pero los comunistas permanecieron al pie de sus escaños, aguantando incluso las agresiones personales.

En la nueva edición del folleto *Octubre*, en la réplica a Indalecio Prieto, es donde encontramos precisamente el motivo más directo y el que, seguramente, ha movido más a la izquierda socialista a aceptar y hacer suyo el criterio abstencionista. Dicen los jóvenes socialistas, polemizando con el jefe del centrismo español: «Además, seamos sinceros. La minoría que hoy tiene el Partido Socialista en las Cortes, es una minoría impresentable. Hay en ella todas las contradicciones de antes de octubre, que rindieron ineficaz su labor, aumentadas y agudizadas. ¿Quién va a llevar la voz en el hemisferio? ¿Besteiro? ¿Sus partidarios? ¿Los diputados que opinan como Prieto? ¿Los escasos que están en una posición ortodoxa? Este es el problema que hay que resolver. Puede que haya quien piense que deben hablar todos, como antes de octubre. Eso sería otra vez el caos. Si hubiera una minoría homogénea, acorde con la política desarrollada por el partido hasta octubre, es posible que las juventudes hubieran reclamado ya su presencia en los escaños rojos.»

Las juventudes socialistas apuntan mejor, pero, a nuestro juicio, tampoco hacen blanco. Existirán, existen indudablemente esas contradicciones en la actual minoría socialista; políticamente, y con razón, no ofrece en su conjunto garantía alguna a la izquierda del partido. Pero ante esa situación de hecho tampoco es una solución la que se ha adoptado. Un partido que intenta bolchevizarse (nos referimos al sentido que a la bolchevización dan los jóvenes, o sea en el de la imposición del criterio de la mayoría del partido), tiene que ser capaz de comenzar por disciplinar a sus miembros más significativos. Y disciplinar en este caso supone reducir al silencio a los discrepantes y autorizar a los llamados ortodoxos para ser los exponentes públicos del criterio político del partido. El problema tiene esta fácil solución, y no precisa de la medida extrema e ineficaz de la abstención, sobre todo en estas circunstancias. Ante todo, hay que romper con los prejuicios, y en este caso concreto es un prejuicio nocivo el temor a que las masas obreras interpreten como una adhesión al concepto colaboracionista que tienen los reformistas de la intervención parlamentaria, la posición intervencionista del ala izquierda. Es probable que, a final de cuentas, éste sea el verdadero motivo que mueve a algunos camaradas socialistas, y en especial a los jóvenes, para adoptar intransigentemente el criterio abstencionista, al mismo tiempo que no encuentran argumentos políticos suficientemente fuertes para defenderlo.

Todos los sectores revolucionarios del proletariado español han coincidido en discrepar de esa táctica abstencionista del Partido Socialista en las actuales circunstancias políticas. La coincidencia no es fortuita. Se deriva de toda una serie de concepciones tácticas, contrastadas a la luz de la experiencia mundial de los últimos años.

JUAN ANDRADE

Marxismo y anarquismo

Un folleto de rica textura marxista que analiza, comparativamente, el marxismo y el anarquismo. Las fuentes de ambas doctrinas, su influjo en el movimiento obrero y su curso histórico, son objeto de un hondo y sereno estudio.—Los dos capítulos complementarios, que desarrollan la teoría del Estado obrero y de la Dictadura del proletariado, son indispensables para la polémica con los anarquistas.

48 páginas, 60 céntimos. Escribid a la siguiente y única dirección (acompañando el importe en sellos de correo): Apartado de correos 9034. Madrid.

La insurrección de Kornilov

Por este tiempo, en 1917, tuvo lugar el intento de golpe de Estado del general Kornilov.

Kerensky, en el Poder, había guardado en los puestos directivos de mayor responsabilidad a los representantes más caracterizados del viejo régimen. Kornilov, general zarista, era en el frente el hombre de confianza del Gobierno.

Kerensky, orador fatuo, capaz de entusiasmar a todos los pazguatos imaginables hablando de la «democracia», de la «civilización», de las «libertades», etc., creía que con esta fraseología ampulosa podría contener el torrente revolucionario.

Todo eso para los efectos exteriores, para la galería, ya que interiormente, Kerensky perseguía a los campesinos que querían tomar la tierra, ordenaba aplicar la pena de muerte en el frente y daba orden de detención de Lenin, a quien calificaba de «criminal de Estado».

Después de las jornadas de julio, en las que el movimiento obrero revolucionario experimentó un serio contratiempo, la contrarrevolución ganó terreno. Los bolcheviques fueron perseguidos como si fueran forajidos. Lenin tuvo que refugiarse en Finlandia.

La reacción consideró que el momento era oportunísimo para lanzarse al asalto. La plena conquista del Poder era preparada activamente en los centros directivos del Ejército, que eran la última tabla de salvación del régimen moribundo.

Kornilov, creyendo que la clase trabajadora no osaría erguirse después de su derrota de julio, y contando con la convivencia tácita de Kerensky, salió del frente con dirección a Petrogrado dispuesto a poner orden y a salvar la civilización amenazada...

El pueblo obrero de Petrogrado se puso en pie de guerra como movido por una descarga eléctrica.

Kerensky, cogido entre dos fuegos, a pesar de su inclinación manifiesta hacia el golpe de Estado de Kornilov, se mantuvo en una actitud vacilante.

Los bolcheviques apoyaron a Kerensky contra Kornilov. La ocasión fué propicia para que los trabajadores pudieran armarse abundantemente.

Kornilov fué derrotado. Kerensky apareció como vencedor, a pesar suyo. Pero el verdadero triunfador era el proletariado, y como guía del proletariado, el partido bolchevique.

Dos meses apenas después del golpe frustrado de Kornilov, los bolcheviques tomaban el Poder.

El golpe intentado por Kornilov fué un poderoso auxiliar para la victoria bolchevique.

A veces la contrarrevolución, con su impaciencia y sus intentos y preparativos de golpes de Estado, contribuye en gran medida a su propio hundimiento. El caso de Kornilov puede compararse al golpe de Estado que intentaba Luis XVI, en Francia, cuando buscó darse a la fuga para ponerse a la cabeza de los contrarrevolucionarios de Coblenza.

Las juventudes de Estat Catalá rectifican y se orientan hacia el B. O. C.

Después de las manifestaciones del señor Pedro Corominas, referentes a que la Esquerra no es separatista y que, por lo tanto no puede albergar en su seno grupos que lo sean, ha seguido el último manifiesto del Directorio de la Esquerra, que de hecho equivale a la expulsión de las juventudes de Estat Catalá.

Y ahora los jóvenes de Estat Catalá van dándose cuenta de su error, van dándose cuenta de que la Esquerra sólo ha procurado servirse de ellos para sus fines políticos, y cuando como ahora ven que no pueden manejarlos a su antojo y que se les escapan de las manos, antes que permitir eso los arrojan por la borda. Ven también los de Estat Catalá que, aunque inconscientemente hasta ahora, sólo han defendido los intereses de los mismos que en fábricas y despachos les explotaban.

Es por todos estos puntos y muchos más, que sería largo enumerar, que rectifican. Véase si no la carta que hemos recibido de un grupo de Estat Catalá de la vecina población de Mongat, solicitando el ingreso en el B. O. C., dice así: «Al Comité Local de Badalona del B. O. C.»

Os dirigimos la presente asequada de la hipocresía de estos hombres que en tiempos normales, en tiempos de euforia, todo son promesas y palabras demagógicas para la clase trabajadora, y en cambio, cuando se presentó la ocasión de ampliarlas, no vacilaron en entregarse a la más negra reacción en vez de dejar paso al proletariado. Es cierto que nosotros en aquellos momentos les prestamos nuestro apoyo, mas ahora comprendemos que la emancipación de la clase trabajadora es obra de ella misma. Es por eso que os pedimos el ingreso en el B. O. C. esperando poderlos llamar camaradas para trabajar con el mayor entusiasmo en defensa de todos los trabajadores.

Y ahora, a los jóvenes de Estat Catalá de toda Cataluña, sólo hemos de decirles que reflexionen lo nefasta que ha sido para el proletariado catalán nuestra actuación en los partidos pequeñoburgueses, y que en bien de la clase obrera y de Cataluña sigan nuestro ejemplo. Os saludan afectuosamente por el Grupo, Joaquín Gregori, Jaime Berengüé, Nicolás García, Jaime Villanueva.—Mongat, agosto de 1935.»

El ejemplo de los militantes de Estat Catalá, de Mongat, ingresando en la sección del B. O. C. de Badalona no es único. En diferentes poblaciones de Cataluña se da el mismo fenómeno.

La carta de esos nuevos camaradas de Mongat es extremadamente interesante como síntoma de la evolución que se va produciendo en la clase trabajadora de Cataluña.

Alianza Obrera

Mitín del 18 de agosto de 1935

La Comisión organizadora del mitín del día 18 de agosto, celebrado en Valencia, se dispone a publicar un periódico único, en el cual se contenga todo lo que ha sido este magnífico acto de unidad obrera.

Dicho periódico, magníficamente presentado, contendrá los discursos completos de los oradores, una información gráfica del mayor interés, las adhesiones, que no pudieron ser leídas en el mitín, y una extensa encuesta de valiosas opiniones, escritas exclusivamente para este número por militantes de todas las tendencias, por organizaciones y por los oradores que tomaron parte en el acto.

Quiénes por diferentes motivos no pudieron concurrir al grandioso acto, podrán informarse perfectamente de lo que éste fué. Además, quedará como testimonio elocuente de la magnitud del primer acto de unidad obrera que se celebra después de la Revolución de Octubre.

Este periódico único, aparecerá el día 11 de septiembre, al precio de 40 céntimos.

Las Organizaciones que deseen adquirirlo, pueden dirigirse a la siguiente dirección:

Comisión organizadora: Agrupación Socialista de Valencia, Pascual y Genís, 22; Sindicato de Gas, Agua y Electricidad, plaza Pellicers, 7.

A los que pidan un número mayor de veinte ejemplares, se les hará el veinte por cien de descuento.—La Comisión organizadora.

Izquierda Comunista de Pamplona

Una expulsión

Por el Comité de la Agrupación de Izquierda Comunista de Pamplona ha sido expulsado de la misma el ex compañero Clemente Pérez, conocido por Alberto García, por su actuación equívoca en los medios sindicales. Lo que hacemos público para general conocimiento de nuestras organizaciones y afiliados. Pamplona, 1.º de septiembre de 1935.—El Comité.

El C. E. de la Izquierda Comunista Española aprueba la resolución del Comité Local de Pamplona expulsando de la organización al ex camarada Clemente Pérez, conocido por Alberto García. Barcelona, 7 de septiembre de 1935.—El C. E. de la I. C. E.

ADVERTENCIA

Por no haber llegado a tiempo los grabados que tenían que enviarnos de Barcelona, nos vemos obligados a guardarlos para el próximo número, en el cual publicaremos asimismo originales de interés que no han podido pasar en éste.

Después del VII Congreso de la I. C. ¿Adónde van los jóvenes socialistas?

Bajo el signo del «Frente popular», del pacifismo pequeñoburgués y de la liquidación del internacionalismo proletario, se ha celebrado en Moscú el VII Congreso mundial de la Internacional Comunista.

En su discurso de clausura, Dimitrov—«gran piloto de la I. C.»—, por acuerdo del Congreso—, ha declarado abiertamente que las resoluciones aprobadas entrañan una variación de táctica. (Por una vez en la vida el stalinismo confiesa públicamente sus rectificaciones.)

La nueva política staliniana—conocida ya en sus líneas generales— es aplaudida, elogiada y propagada en estos momentos por la prensa pequeñoburguesa y socialdemócrata.

Esto, que aparentemente es paradójico, en realidad no tiene nada de extraño. La I. C. ha liquidado definitivamente su táctica de «clase contra clase», y ha internacionalizado la consigna del Frente Popular, es decir, la alianza permanente con los partidos de la pequeña burguesía. Muy natural es, pues, que los elementos pequeñoburgueses saluden entusiasmados el nuevo viraje de la I. C.

Es asimismo muy lógico que la socialdemocracia elogie las nuevas tácticas de la burocracia staliniana. Al fin y al cabo, la I. C. no ha hecho otra cosa que aceptar como buena la «política» oportunista de socialismo reformista.

Lo que ya no es tan lógico, ni tan natural, ni tan aceptable, es que los socialistas de izquierda muestren tan extraordinaria simpatía por los nuevos rumbos del comunismo oficial.

Pero, dejando a un lado esto, vamos a referirnos a las posiciones que pueden adoptar a este respecto los jóvenes socialistas españoles. Aunque después del Congreso no han manifestado oficialmente su opinión, existen antecedentes que nos hacen sospechar que ésta no concordará con sus actuaciones pasadas. Y estará en flagrante contradicción con toda su línea política.

Aunque, en realidad, nos cuesta creer que los camaradas de la J. S. estén de acuerdo en algo con Saburit. Aunque este algo sea elogiar la nueva política de la burocracia staliniana.

En *Octubre*, el famoso folleto tan discutido, la dirección de las J. S. expone sus puntos de vista sobre la cuestión internacional.

Y bajo el epígrafe «lo que nos separa de la III Internacional», afirman que lo único que impide que militen bajo las banderas del «Komintern» es el hecho de «la supeditación de los partidos nacionales y todos sus órganos—Congresos, Comités, etc.— al Ejecutivo de la Internacional».

Y más abajo los jóvenes socialistas afirman estar dispuestos a adherirse a la I. C. una vez que ésta haya modificado el punto de los Estatutos que consagra lo que *Octubre* llama la «dictadura del Comité Ejecutivo».

No concuerdan estas afirmaciones con posiciones antiguas de los camaradas de las J. S., ya que más de una vez hemos leído en su prensa críticas justísimas de las posiciones mantenidas por los jóvenes comunistas oficiales.

Sin ir más lejos, en uno de los últimos números que aparecieron—de *Renovación*— el año pasado se comentaba un manifiesto de la S. T. de I. C. en los siguientes términos: «Son muchos los errores de la I. C., entre ellos, la irresponsabilidad

en las derrotas, la claudicación y el exceso de virajes y desvirtuaciones. Y conste que no queremos ahora agudizar la crítica.»

En la actualidad, los jóvenes socialistas parecen haberse olvidado de sus críticas anteriores. Lo que lamentamos extraordinariamente. Aunque queremos hacer resaltar que en política es preciso tener memoria y ser consecuentes.

El Congreso de la I. C. ha hecho una proposición al C. E. de la Internacional Juvenil Comunista que merece destacarse: «Señalar como un deber a los miembros de las I. C. el esforzarse por crear un amplio frente único de todas las organizaciones juveniles no fascistas de masas.»

Próximamente se reunirá el Congreso de la Internacional Juvenil Comunista que aprobará la proposición anterior y otras no menos pintorescas.

Y, naturalmente, nosotros no podemos creer que los jóvenes socialistas estén de acuerdo con la nueva política staliniana y se dispongan a ingresar en la J. I. C.

Y no podemos creerlo, porque si así fuese, no tendrían motivos para combatir al centralismo y al reformismo que mantienen los mismos puntos de vista que el comunismo oficial. Que son, al igual que éste, enemigos encarnizados de la alianza obrera y partidarios fervorosos de la alianza permanente con los partidos de la pequeña burguesía.

Porque no se diferenciarían en nada—y esto se refiere a Cataluña—de los cuatro gatos reformistas de la J. de U. S. de C., que en estos momentos se disponen a ingresar en la III Internacional y van del brazo de la Esquerra. Porque no podemos creer que las J. S. acepten el pacifismo pequeñoburgués, la defensa nacional, la Sociedad de las Naciones y renuncien a la consigna leninista de «la transformación de la guerra imperialista en guerra civil».

No; y no podemos ni queremos creer ninguna de estas cosas. No podemos, ni siquiera imaginarnos, que los camaradas de las J. S. se unan a la Internacional Juvenil Comunista cuando ésta arria la bandera del socialismo revolucionario y se hunde en el cieno del reformismo y del oportunismo.

La Internacional Juvenil Socialista no representa a las grandes masas de la juventud trabajadora. La Internacional Juvenil Comunista, tampoco.

Ambas Internacionales han muerto minadas por el reformismo y por el oportunismo.

La juventud trabajadora del mundo tiene necesidad de la organización que defienda sus intereses sin desfallecimientos.

Hay que forjar la Internacional revolucionaria de la juventud obrera.

En todos los países del mundo existen fuertes organizaciones juveniles que en estos momentos diffeiles no han arriado ni arriarán jamás la bandera de Liebnecck, la bandera del internacionalismo proletario. Son ellas las que señalan el camino.

Y en España somos nosotros, la Juventud Comunista Ibérica y la Juventud Comunista de Izquierda, las que mantenemos en alto esta bandera.

Esperamos que vosotros, jóvenes socialistas de España, estaréis a nuestro lado en la lucha por los objetivos que nos son comunes.

WILEBALDO SOLANO

Nota administrativa

Todo lector de LA BATALLA, que por el hecho de serlo ha de ser un amigo del periódico, cuando realice un viaje ha de aprovecharlo para interesar a sus amigos en la lectura y adquisición de nuestras publicaciones.

No basta ser un entusiasta partidario de las consignas de unificación defendidas por LA BATALLA. Es preciso ayudar a esta enorme tarea. LA BATALLA debe llegar a todos los pueblos de España. Seamos prácticos y realicemos un trabajo eficaz de acuerdo con las circunstancias.

LA BATALLA necesita una nutrida base de suscriptores. Buscad suscriptores para LA BATALLA.

En donde no llegue aún LA BATALLA hay que descubrir al futuro paquetero. Mandadnos direcciones de los compañeros susceptibles de serlo.

Recordad una vez más a nuestros paqueteros que LA BATALLA debe liquidarse cada dos números, salvo cuando se trate de pocos ejemplares, que se liquidarán mensualmente.

BOLETIN DE SUSCRIPCIÓN

El compañero que vive en calle se suscribe a LA BATALLA por (1) remitiendo el importe de (2) pesetas por (3) de de 1935.

EL SUSCRIPTOR,

- (1) Trimestre o semestre.
- (2) Trimestre, DOS PESETAS; semestre, CUATRO PESETAS.
- (3) Giro postal o sellos correo.

A propósito de los artículos de Carrillo

El problema de la unificación marxista

II

No creo que todas las Juventudes Socialistas compartan el punto de vista del camarada Carrillo, muy respetable, pero que considero fundamentalmente descartado, tanto por lo que se refiere al problema de la unificación del proletariado en general como por lo que respecta a las propias perspectivas de la izquierda socialista.

Hay hoy en España, como en todo el mundo, una corriente general favorable a la unidad de la clase trabajadora. Esta unidad, claro está, constituye todo un proceso. El primer paso lo constituye la unidad de acción y el Frente Único, que entre nosotros se llama Alianza Obrera y en Francia Frente Común. Después de la unidad de acción, como consecuencia inmediata, se plantea la cuestión de la unidad de pensamiento, la unidad política, el Partido Único.

Se ha iniciado la fase del reagrupamiento proletario nacional e internacionalmente. Incluso la propia Internacional Comunista que era en cierto sentido el centro de la división proletaria, en su reciente Congreso, no ha tenido más remedio que estudiar este problema y tomar una posición, ya que de otro modo hubiese quedado completamente desmantelada.

La cuestión de la unidad en el triple sentido que defendemos nosotros —unidad de acción, unidad sindical y unidad política— ha hecho, por ejemplo, durante los últimos meses grandes progresos en Francia. Allí el Frente Común es una realidad gracias a la coordinación general establecida, que aquí no quiere adoptar la dirección del Partido Socialista; la unidad sindical se entrevé como una perspectiva próxima y la idea del Partido Único ha sido ya tema de discusión entre el Partido Socialista y el Partido Comunista.

En Francia se va hacia la unidad integral. Y tomo el caso de Francia, sin entretenerme ahora aportando nuevos datos internacionales, para no hacer interminable este artículo, y porque Francia y su movimiento obrero ejercen en este momento una indiscutible influencia en nuestro país.

Ahora bien, nadie, absolutamente nadie, ni socialistas ni comunistas, ha planteado en Francia un problema tan grave de la manera como lo enfocan los camaradas de la dirección de las Juventudes Socialistas, esto es, diciendo: «Ingresad en nuestro partido.»

Blum ha hablado del Partido Único de este modo en la primera columna de *Le Populaire*: «El proletario no quiere un Partido Socialista que absorba el comunismo o un Partido Comunista que absorba el socialismo. Quiere un partido único de la clase trabajadora. Quiere la unidad, porque ve en ella su sola y segura salvaguardia contra el fascismo y la guerra.» El Partido Comunista, por su parte, se ha guardado muy bien asimismo de presentar condiciones que hicieran imposible las negociaciones de unificación.

Se va en todas partes a la reconstrucción de la unidad sindical y a la creación de un partido marxista revolucionario único. Es la ley de la historia en este momento trascendental.

Con respecto a este grave problema hay que tomar una posición: por o contra. Decir «ingresad en tal partido» es salirse por la tangente y, prácticamente, pronunciarse contra.

A los jóvenes socialistas, a quienes el proletariado español les es grandemente merecedores por haber contribuido a sacar al Partido Socialista de su rutinario reformismo tradicional, les ha faltado hasta ahora, desgraciadamente, la audacia de haber izado la bandera de la unificación marxista. Esta posición les hubiese —aun están a tiempo— asegurado el triunfo completo dentro del Partido, cosa que hoy es más que problemática.

La dirección de las Juventudes Socialistas se ha propuesto «bolchevizar» el Partido deparándolo.

A mi entender, la bolchevización no puede ser otra cosa que hacer del Partido Socialista un partido marxista-leninista, es decir, un partido socialista revolucionario. Para ello precisa tomar posición firme sobre una serie de problemas, siendo los principales: 1.º, interpretación del carácter de nuestra revolución; 2.º, posición ante la cuestión nacional; 3.º, posición ante la cuestión agraria; 4.º, la unidad del movimiento obrero en su triple aspecto de Alianza Obrera, unidad sindical y unidad política.

Carrillo habla de «bolchevizar». En primer lugar, esta expresión es enormemente peligrosa. La «bolchevización» de los Partidos Comunistas emprendida después del V Congreso de la Internacional Comunista no fué otra cosa que la domesticación de los partidos, la anulación completa de su personalidad. El Congreso reciente de la I. C., teóricamente, al menos ha anunciado una desbolchevización al constatar el fracaso de la «bolchevización».

Pero las Juventudes Socialistas quieren seguramente dar otro sentido a la bolchevización.

Bolchevización, en el sentido justo de la palabra, ha de significar, pues, hacer un partido socialista capaz de realizar lo que hizo el partido de Lenin. ¿No es eso?

Pues si es así los camaradas de las Juventudes Socialistas han de situarse, primeramente, sobre un terreno doctrinal profundamente leninista, bolchevique. Eso es lo primordial.

La posición teórica que mantienen tanto las Juventudes Socialistas como el ala izquierda del P. S., si es cierto que constituye un gran paso adelante, si efectivamente responde a un propósito de rectificación, dista, sin embargo, de ser lo que conviene.

Sobre el carácter de nuestra revolución no hay todavía una completa unidad de pensamiento en el sector izquierdista del Partido Socialista. Son muchos los que creen que estamos en presencia de una revolución democrático-burguesa. La marcha que se sigue por la dirección del Partido Socialista, favorable a una nueva situación Azaña, es la adaptación táctica a una tesis tal. En ese sentido, entre la izquierda y el centro, hay simplemente una divergencia táctica. Mientras no se parta de la interpretación que la revolución que vivimos es democrático-socialista, no hay posibilidad de adaptar la táctica a una norma bolchevique. Araquistain, por ejemplo, que es teorizante de la izquierda y cuyos méritos son innegables, se empeña en establecer un paralelo entre la Revolución rusa de 1905 y la nuestra de 1931. Araquistain no es el único. Esta comparación es errónea fundamentalmente. La Revolución española ha de compararse no a la de 1905, sino a la de 1917, y como ésta es democrático-socialista. Es decir, es democrática, pero sólo el proletariado triunfante podrá realizar el aspecto burgués de la revolución, quedando por lo tanto íntimamente unida a la revolución socialista. La justa interpretación del carácter histórico de la revolución es una condición fundamental e indispensable para la bolchevización.

El Partido Socialista, durante los años de su inveterado reformismo, ha mantenido una posición falsa con respecto al problema agrario. No supo asimilarse la concepción bolchevique de la revolución democrático-socialista defendiendo la consigna: «La tierra, para el que la trabaja», esto es, el reparto de la tierra sin indemnización, como se hizo en Rusia en noviembre de 1917. Los socialistas en el Poder, con la Ley Agraria, los «asentamientos» y demás diques legales impidieron la revolución agraria. De su actuación equivocada parecen estar convencidos los socialistas. ¿Pero existe alguna resolución oficial rectificando la posición? Yo no la conozco. Lógicamente hay que suponer, pues, que no se ha producido ninguna variación.

Lo mismo ocurre con referencia a la cuestión nacional. Los socialistas no supieron tampoco ver el problema nacional tal como teórica y prácticamente lo comprendió Lenin. Se sintieron centralistas cuando el federalismo constituía un gran paso adelante.

Carrillo dice que el «Partido Socialista ha aprendido, con octubre singularmente, a tratar los problemas de las nacionalidades... Esto lo han comprendido perfectamente los socialistas, que por otra parte, no tienen más que volver a su programa, en el que se establece la necesidad de organizar el país en una Confederación republicana de las nacionalidades ibéricas.»

La conclusión formulada por Carrillo demuestra que todavía los ca-

maradas socialistas no han comprendido la cuestión nacional. Dar como consigna una Confederación republicana de nacionalidades ibéricas es evidenciar que, en efecto, la revolución ha de mantenerse dentro del marco simplemente burgués, republicano. La liberación nacional, como la de la tierra, sólo puede darla la clase trabajadora. No hay, pues, perspectiva alguna de Confederación republicana, sino de Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas, que es el polo opuesto. Carrillo defiende una solución anacrónica, algo así como la formación de una Confederación al estilo germánico de la época de Bismarck, cuando la burguesía ha perdido ya toda capacidad para otorgar la independencia a las nacionalidades.

Viene luego como coronamiento de todo la cuestión de la unificación total del movimiento obrero. Y en este terreno es donde la posición del ala izquierda socialista es más incierta.

Frente a la Alianza Obrera, que es una realidad indiscutible, pero que necesita aún hacer serios progresos, la actitud actual de la izquierda socialista, dirección de las Juventudes comprendida, no puede ser más equivocada. El propio Carrillo no lo esconde en su artículo cuando dice: «El Partido Socialista tiene que evitar que quede desplazado por la Alianza Obrera.»

Cuando un partido obrero encuentra una contradicción entre sus objetivos y los objetivos generales del movimiento obrero es que ese partido está lejos de encarnar, en realidad, la aspiración progresiva del conjunto de la clase trabajadora. Si el Partido Socialista teme a la Alianza Obrera, el Partido Socialista ni remotamente ha adquirido el derecho hegemónico a la dirección del proletariado, que quiere atribuirle el camarada Carrillo.

Dice mi estimado contradictor, con el propósito de justificar a su partido, que la posición del Partido Socialista con respecto a la Alianza Obrera, es análoga a la del partido bolchevique en relación con los soviets. Pero a Lenin no le dieron miedo nunca los soviets. Precisamente fué él quien, con el asombro de los «viejos bolcheviques» de su partido y de los mencheviques, que tenían la mayoría en los soviets, impuso la consigna: «¡Todo el Poder a los Soviets!» Y el partido bolchevique distaba mucho de tener entonces en los soviets, proporcionalmente hablando, la fuerza que el Partido Socialista tiene y puede tener en las Alianzas Obreras. El partido bolchevique no temió nunca un gran desarrollo de los soviets. Al contrario, lo estimuló. Su política tenía como aspiración final la constitución de una República de los Soviets.

El Partido Socialista, en cambio, ha mantenido con respecto a la Alianza Obrera una actitud de recelo y en muchos casos de oposición. Ha sido la base del partido la que ha impuesto la adhesión a la Alianza Obrera. A la constitución del Comité Nacional de Alianza Obrera, la dirección del Partido Socialista ha hecho y sigue haciendo una oposición sistemática.

Las Juventudes Socialistas e izquierda socialista no han comprendido aún lo que es y lo que debe ser la Alianza Obrera. Están obsesionados por el fetichismo de su partido. Su aspiración es: el Poder para el Partido Socialista. Y esto es un error gravísimo. El Poder ha de ser para la clase trabajadora, ejercido por medio de sus órganos de Poder, que en Rusia fueron los Soviets, y aquí deben ser las Alianzas Obreras. Que el Partido obrero ha de desempeñar el papel de dirigente, es natural, pero el Partido no ha de pedir el Poder para él. El partido bolchevique reclamó siempre el Poder para los Soviets.

Los socialistas creen que la Alianza Obrera es tan sólo un órgano insurreccional. Error. Hay que ver las fases sucesivas por que pasan los órganos revolucionarios. Los Soviets en Rusia, primero, fueron instrumentos de frente único, de reagrupación obrera; luego, instrumentos insurreccionales, y finalmente, órganos de Poder. Las A. O. tienen las mismas características.

De la unidad de acción, ante la cual la izquierda socialista, como decimos, no adopta una posición firme, pasamos insensiblemente al otro aspecto del problema: la unidad sindical.

Nunca la ocasión, desde hace muchos años, había sido tan propicia para emprender una ofensiva a fondo pro unidad sindical. La U. G. T. no es, no, ya la mayoría, ni la mitad sindical, del movimiento obrero organizado del país. Hay una serie de Sindicatos autónomos dispersos. Y está la C. N. T., que, aunque desballestada y en grave crisis, arrastra masas todavía. ¿Piensa Carrillo que es posible imaginar un ingreso global en la U. G. T. de las fuerzas sindicales que hoy están al margen? No creo que lo suponga nadie. En cambio, desde el momento que la U. G. T. levanta la bandera de la unidad sindical, el movimiento en tal sentido se haría irresistible y sin que sea posible prejuzgar a distancia, es casi seguro que la unidad se haría, quedando al margen quizá algún grupo recalcitrantemente sectario.

¿Se dan cuenta los jóvenes socialistas de lo que esto significaría? La relativa estabilidad de la burguesía española se basa fundamentalmente en la falta de cohesión del movimiento obrero. El proletariado unido sería una verdadera perforadora.

Claro está que la unidad sindical es más difícil que la unidad política, que la unificación marxista. El problema de la unificación obrera estratégicamente entre nosotros se plantea de otro modo que en Francia. Aquí, primero, la unidad política; luego, la unidad sindical.

La cuestión de la unidad marxista es hoy el eje central de todo el problema obrero hispano. Adoptar una posición favorable significa automáticamente colocarse en una posición bolchevique porque se va hacia la formación de un gran partido obrero, porque las Alianzas Obreras adquirirán un gran impulso, porque el movimiento obrero entrará en una nueva fase.

Esa es la bandera de la bolchevización que debieran haber tomado los jóvenes socialistas. Con ella en la mano hubiesen vencido a la derecha, al centro y a todo un pasado. Las Juventudes Socialistas hubiesen sido entonces no solo la fracción más aguerreda del Partido Socialista, sino también la vanguardia heroica de una profunda transformación en todo nuestro movimiento obrero con las naturales consecuencias políticas.

Estamos persuadidos, no obstante, que las Juventudes Socialistas abandonarían el fetichismo de «Partido Socialista Obrero» por este otro fetichismo trascendental: «Partido Socialista Obrero Unificado».

¿Cómo llegar a la unificación? Es lo que veremos en el próximo artículo.

JOAQUÍN MAURIN

Una carta de Grossi

El camarada Grossi, cuyo libro «La insurrección de Asturias», recién aparecido, está ya próximo a agotarse, nos dirige desde la cárcel del Coto, de Gijón, donde se encuentra detenido, una carta, de la que reproducimos los siguientes párrafos:

«Estoy informado del grandioso éxito del mitin de la Alianza Obrera en Valencia.»

No podéis imaginaros la alegría que se ha producido en esta cárcel al enterarnos de este triunfo de la Alianza Obrera y de este paso adelante hacia la unificación obrera. Porque no hay duda. Quieran o no quieran algunos, la unidad obrera está en marcha y se hará pese a quien pese.

La Alianza Obrera, iniciada por nuestro Partido, tiende a ser el sovié de los trabajadores españoles. Esto demuestra la justa línea política de nuestro Partido y su gran autoridad para presentarse ante las masas obreras.

Ante el fracaso rotundo de la Tercera Internacional, en España somos nosotros los únicos que estamos para hablar de Lenin y no aquellos que después de tanto calumniarnos han descendido hasta adoptar una posición que siempre hemos considerado como reformista puro: los contactos orgánicos con la burguesía.

MANUEL GROSSI

El bloque popular y la política de alianzas

Reproducimos del órgano de las Juventudes Socialistas de Guadalajara el siguiente artículo de Bulejos, antiguo comunista y hoy militante del Partido Socialista.—NOTA DE LA R.

Era indudable que los acontecimientos desarrollados títimamente en Europa, y muy particularmente el triunfo nacionalsocialista en Alemania y la derrota de la insurrección austríaca, al provocar un cambio brusco en la situación histórica, someterían a una prueba a la capacidad directora de los partidos políticos de la clase obrera. Se acreditarían, no ya su potencialidad revolucionaria, sino fundamentalmente, su flexibilidad para adaptarse al nuevo estado de cosas y su visión del desarrollo de todo el proceso revolucionario. Si era de una importancia extraordinaria —ya que este es el punto de partida obligado— apreciar exactamente la correlación de fuerzas existente, lo más esencial consiste en no perder de vista el conjunto, en conservar íntegramente la perspectiva revolucionaria.

En este sentido el análisis de la consigna del Bloque popular ofrece un interés palpante, ya que merced a ella, un sector importante del proletariado pretende impulsar la actividad política de las masas. Quienes la propugnan aspiran, nada menos, que a borrar transitoriamente las fronteras de clase aumando los esfuerzos del proletariado, de la pequeña burguesía y de ciertas capas de la gran burguesía. En este sentido, es simbólica la expresión de Pachin, dispuesto a aliarse con el diablo para luchar contra el fascismo.

Tales propósitos parecen inspirarse en el absurdo concepto de que el fascismo es un fenómeno anormal y extraño que ha surgido en el proceso histórico de la sociedad burguesa, lo cual hace posible una coincidencia momentánea de objetivos entre la mayoría de las clases sociales. Si la significación del fascismo consiste en ser la expresión definitiva de la quiebra de la democracia como sistema político de dominación burguesa, si su contenido social consiste en ser la dictadura ejercida por las capas superiores de la burguesía y en primer lugar por el capital financiero, es inútil obstinarse, no ya en prolongar un ciclo histórico cerrado para siempre, sino en retroceder a situaciones superadas. No se avanza por la senda revolucionaria añorando el pasado, sino clavando la mirada en el futuro. Y unque la clase obrera tenga el deber imperioso de defender contra el fascismo los últimos restos de la democracia, no por eso ante los hechos históricos consumados va a rasgar-se las vestiduras y a invocar desesperadamente al «diablo», para hipotecarle la única garantía sería que la revolución mundial tiene: la hegemonía del proletariado.

No corresponde la consigna del bloque popular a un proletariado con una conciencia clara de clase y una sólida educación política. Es, por el contrario, la expresión de una aspiración alimentada por los núcleos proletarios menos educados revolucionariamente, dispuestos a sacrificar a necesidades circunstanciales y transitorias los intereses fundamentales de su clase. «Cuando se piensa —dice Lenin, confirmando a Kautsky— que todas las clases y partidos que aspiran a la libertad política deben buena y sencillamente labor conjuntamente para conquistarla, «no se tiene en cuenta sino el aspecto más superficial de lo que se realiza».

En efecto, el bloque popular tal como es concebido y de la manera que se pretende realizar, no es sino la expresión de una «alianza de clases» bajo la dirección de la burguesía. Significa el propósito de desplazar el eje revolucionario al campo burgués, precisamente cuando empezaba a centrarse en el proletariado. La realización de esta consigna conduciría al proletariado a cometer dos errores enormes: el de abdicar su hegemonía política en beneficio de la burguesía y el de considerar a ésta en condiciones todavía de jugar un papel revolucionario, de expresar transitoriamente los intereses de todas las clases oprimidas de la sociedad.

Se objetará a mi tesis que no se habla de alianzas con la burguesía, sino tan sólo con la pequeña burguesía. Cierto: las frases son estas; la envoltura aparente no es otra. Pero el contenido real, positivo, es el que yo digo. Izquierda Republicana y Unión Republicana, aunque agrupen en su seno a

algunos centenares de pequeños burgueses, no son partidarios de la pequeña burguesía, sino de la burguesía industrial y financiera, más propicia, cuando los acontecimientos cobren un carácter más agudo, a aliarse contra el proletariado que a favor de éste.

Del período que va del 14 de abril a la insurrección de Octubre, se desprenden dos consecuencias fundamentales: incapacidad de la burguesía para realizar la revolución democrática; necesidad imperiosa, para que ésta se desarrolle, de conservar la hegemonía del proletariado. El bloque popular niega estos principios, pretendiendo reanimar las ilusiones democráticas. La traición de la burguesía a la revolución democrática, supone un paso al campo contrarrevolucionario. Significa esto no que la revolución ha retrocedido, sino que ha avanzado, que ha cubierto una nueva etapa. Su propio progreso hace que el aliado de ayer sea el enemigo de hoy. La nueva tarea consiste en renovar una alianza que en las nuevas circunstancias sería ya contrarrevolucionaria, sino en organizar la lucha contra el nuevo enemigo.

Pero, ¿y la pequeña burguesía? «Los que predicaban un bloque con los cadetes (partido de la burguesía liberal rusa), no perjudican solamente al proletariado y a la causa de la libertad, sino que impiden al mismo tiempo la formación de una opinión consciente entre los pobres de la pequeña burguesía y los campesinos», afirmaba Lenin en 1907.

Cuando se usan los términos de hegemonía e independencia políticas del proletariado, se hace referencia a sus relaciones con la clase burguesa. De esto no puede deducirse que el proletariado realice una política de clase exclusivista. Desde que Marx escribió la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, todo marxista sabe que para que una clase conquiste el Poder, necesita representar los intereses fundamentales de todas las clases oprimidas de la sociedad. Tal fué la misión histórica cumplida por la burguesía hasta mediados del siglo pasado. Esta es la obra que corresponde cumplir al proletariado actualmente. Pero la alianza con la pequeña burguesía tiene como base la hegemonía del proletariado. Lo contrario, tanto si se trata de cederla a la burguesía, como de colocarse bajo la dirección de la pequeña burguesía, que en definitiva nos llevaría a la consecuencia anterior, significa un error de enormes consecuencias. «Ceder la hegemonía en la lucha —dice Lenin en su polémica con los mencheviques, a propósito de las alianzas— y el derecho de dirigirla a los burgueses liberales, significa vender la causa de la libertad por el precio infimo de frases rimbombantes y por el ropaje de brillantes insignias a la moda.»

JOSÉ BULEJOS

La unidad marxista española vista desde el extranjero

En «Socialist Call», periódico socialista de izquierda, que se publica en Nueva York, su redactor, Herbert Zam, comenta el movimiento de unificación marxista que tiene lugar en nuestro país del siguiente modo:

«Se ha fundado en España un nuevo partido, el Partido Obrero de Unificación Marxista, formado por la fusión de la Federación Comunista Ibérica, generalmente conocida por el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista.»

El Partido Obrero tiene su base principal en Cataluña en donde el B. O. C. era sin duda la fuerza política obrera más importante.

El nuevo partido ha declarado en sus resoluciones que no se considera como lo forma final de la unidad revolucionaria, sino como un esfuerzo en dicho sentido.

El Partido Obrero de Unificación Marxista representa un formidable paso adelante en el camino de la unificación de todos los núcleos marxistas existentes en la Península Ibérica.

El punto de vista del nuevo partido es completamente revolucionario. En el aspecto internacional rechaza toda idea de alianza militar o de apoyo en la guerra.»

Socialist Call concluye aprovechando el ejemplo dado por el P. O. U. M., al que ya da por constituido, para alentar en los Estados Unidos la campaña pro unificación marxista.